

## “La filosofía de la vida en movimiento/ filosofía del instante en *El tiempo consentido* de Roberto Arizmendi”

**Gracia Morales Ortiz (Universidad de Jaén)**

Roberto Arizmendi nace en Aguascalientes, México, y vive actualmente en el barrio de Coyoacán, en el Distrito Federal. Tiene publicados 23 libros de poesía, varios epistolarios y textos testimoniales y numerosos trabajos sobre educación. Ha sido profesor de enseñanza media y superior, ha ejercido como Rector, ha formado parte de numerosas Juntas de Gobierno de Universidades mexicanas, ha sido secretario de la Asociación Nacional de Universidades de México, y, desde hace dieciséis años, trabaja como consultor privado para las Universidades de su país, en proyectos de evaluación y mejora de los sistemas educativos. Es también una persona muy activa en el ámbito cultural de su país; por ejemplo, ha ejercido como jurado de múltiples certámenes y ha organizado algunos premios nacionales. Su obra poética, por la que ha sido galardonado en varias ocasiones, ha aparecido también en revistas, publicaciones colectivas y numerosos sitios de internet.

El libro *El tiempo consentido*<sup>1</sup>, es una antología que transita por sus 37 años de creación poética. Como toda antología, implica la selección de unos poemas y el necesario prescindir de otros. Me parece que los que Álvaro Salvador ha elegido componen un volumen equilibrado y armónico, donde se recogen textos de al menos dieciocho poemarios de Arizmendi, pero por el que el lector se desliza sin sentir los sobresaltos y rupturas que a veces resultan inevitables en las antologías donde se da cuenta del largo recorrido de un autor.

Y es que, a pesar de las variaciones temáticas y estilísticas, toda la obra poética de Arizmendi se mantiene fiel a un modo de expresión lírica: la presencia de un yo que nos habla con un lenguaje deliberadamente sencillo, honesto; una voz que se coloca ante el lector sin estridencias, con esa sensibilidad volcada sobre lo cotidiano-trascendente que tan buenos frutos ha dado ya en la poesía en lengua española.

En el prólogo, Álvaro Salvador nos dice: “La crítica se ha referido por

---

<sup>1</sup> Roberto Arizmendi, *El tiempo consentido*. Antología, 1970-2007, selección y prólogo de Álvaro Salvador, Colección Granada Literaria, Ayuntamiento de Granada, 2008. De ahora en adelante, cuando citemos algún poema de dicho libro, nos limitaremos a indicar, entre paréntesis, la página correspondiente.

extenso al carácter comprometido de la poesía de Arizmendi en su primera época o a la recurrente temática amorosa en los libros de madurez. Sin embargo, yo me atrevería a firmar que el rasgo que define de una manera más poderosa y original la trayectoria poética de Roberto Arizmendi es la preocupación por el tiempo”<sup>1</sup>.

Estoy de acuerdo con Álvaro, y también cuando expone: “La preocupación por el tiempo es fundamentalmente aquí una preocupación por su paso, por su fluir”<sup>2</sup>.

El paso del tiempo, el fluir del tiempo.

Yo diría más: nuestro paso por el tiempo, nuestro fluir a través del tiempo. El yo poético que aparece en buena parte de estos poemas es un personaje en movimiento. Como el propio Arizmendi, el yo lírico de *El tiempo consentido* es un caminante, un viajero, un errabundo, un paseante.

En esta antología encuentro lo que podría llamarse una filosofía de la vida en movimiento. En permanente cambio, en permanente actitud de asombro y descubrimiento. De hecho, muchos de los motivos simbólicos que elige en sus poemas son también elementos móviles, elementos en constante renovación, elementos “pasajeros” o que invitan al viaje: la lluvia, el mar, la luna, el barco, el viento, el camino... En este sentido, Héctor Carreto también ha sabido ver la inclinación de Arizmendi hacia las “imágenes mutables” y como ellas perfilan una idea del hombre “como nómada en la vida”<sup>3</sup>.

La propia actividad creativa aparece también emparentada con esta voluntad de movimiento, de caminar constante. Dice en el poema “Andante”:

“Los creadores son andantes sempiternos.

El andante recorre senderos, siempre en búsqueda constante e insatisfecha, sin ocultar flaquezas. Carga sus obsesiones y fantasmas. Lleva siempre siempre su verdad a cuevas. Nómada del amor y encendedor de fuegos; descubridor de estrellas; artífice de espacios infinitos. Se toma de la mano con los dioses y recorre con ellos senderos celestiales a donde no pueden llegar los satisfechos.” (p. 57).

<sup>1</sup> Álvaro Salvador, “Prólogo”, en Roberto Arizmendi, *El tiempo consentido*, ed. cit., pp. 7-8.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 8.

<sup>3</sup> Héctor Carreto, “Prólogo”, en Roberto Arizmendi, *Cuenta regresiva. 1995-1962*, Universidad de Sonora, Hermosillo (México), 1995, p. 5.

Esta, como he dicho, filosofía de la vida en movimiento, está íntima y lógicamente emparentada con una noción del tiempo como vivencia del instante. Como afirma en ese mismo poema al que me he referido antes sobre los andantes, estos, los que siempre están moviéndose, en palabras de Roberto, “Convierten el instante en infinito” (p. 58).

Sería posible remitir aquí a muchos poemas donde encontramos esa apuesta por el momento presente, inevitablemente efímero. Por citar algunos versos: en “Inventor de mí mismo” afirma el yo poético: “Estoy por inventarme / cada día” (p. 46); o en el texto “En medio de la lluvia” nos confiesa: “En medio de la lluvia / hago de cada gota / un presente interminable.” (p. 77) Al yo poético que aparece en estos poemas lo que le interesa es “este espacio preciso en que pisamos” (p. 82), como expresa en “Edificar la morada que soñamos”. Por eso, encontramos también en sus escritos una predilección por lo fugaz: una ciudad brevemente entrevista durante un viaje, la visión pasajera de una muchacha bella en la calle o la coincidencia con una mujer en un vuelo Madrid-México.

Ahora bien, esta constante vivencia del presente no cancela ni la conciencia del pasado ni la del futuro. Tanto el recuerdo como la idea del porvenir se hallan también en estos poemas, pero como experiencias que tienen importancia por su repercusión sobre lo actual. Es decir, la memoria supone la re-vivificación de lo ya ocurrido, el ayer vuelve a existir aquí y ahora mediante la invocación del poeta, que posibilita así la permanencia de lo ausente. Dice, por ejemplo, en “Tu caricia”:

Llevo tu caricia por todas partes  
paseándola como un perro fiel o un amuleto;  
me sirve de anteojos para ver la vida  
o de zapato para no desmayar en mis andanzas. (p. 104).

La noción de futuro, por su parte, y las emociones que provoca (la ilusión, la esperanza, el deseo, el anhelo, la impaciencia), son también parte del “ahora” del yo poético. La conciencia del mañana funciona como un motor de búsqueda desde el presente, como una promesa que moviliza e ilumina el instante actual.

Citando un fragmento de “En otra advocación y otro tiempo”:

Alargo mi tacto  
 y no te alcanzo,  
 eres sólo parte integrante del deseo  
 y el amor es gozo de saber  
 que un día,  
 como ayer,  
 recorreré de nuevo  
 el inmenso océano de tu piel dormida. (p. 107).

Se ha dicho en muchas ocasiones que la poesía de Roberto Arizmendi aborda en todas sus dimensiones el tema amoroso<sup>1</sup>. Y es verdad. Pero la vivencia del amor que aparece en sus textos se incluye dentro de esta “filosofía de la vida en movimiento / filosofía del instante” de la que venimos hablando. Por eso, el yo poético propone a la persona amada en “*Toda la vida para amarte*”:

Qué tal si te dijera  
 que nos amásemos un mes.  
 Con un reloj  
 a la mano  
 para que nos marcara el tiempo.  
 No más.  
 Al fin mi vida  
 sólo tiene  
 treinta días,  
 (según mi calendario). (pág. 92).

El sentimiento amoroso se sitúa, inevitablemente, en ese instante efímero del presente, entre la memoria de lo ya pasado y la esperanza del porvenir.

Era consciente de que el amor  
 es efímero  
 porque cada encuentro  
 se diluye entre el deseo  
 siempre insatisfecho  
 y el anhelo que surge  
 de la esperanza que se abriga. (pág. 145).

Así, la experiencia del amor se plantea también como un viaje, como un movimiento constante que lleva al reiterado descubrimiento de la persona amada y del propio yo, ambos circulando en un proceso siempre renova

<sup>1</sup> Thelma Nava, “Roberto Arizmendi, un poeta amoroso”, en Roberto Arizmendi, *Navegante de sueños y utopías*, Universidad Autónoma de Tamaulipas, 2005, pp. 13-15.

do de creación y destrucción. Así puede verse, claramente, en “Constrúyeme de nuevo”:

Destrózame mi vientre  
parte en cuatro, en ocho, en mil pedazos  
mis brazos y mis piernas.  
Voltéame los ojos,  
revuelve mis cabellos.  
Pon en un saco todo.  
Cuando te canses ya  
de deshacerme en partes,  
constrúyeme de nuevo. (p. 37).

Finalmente, quiero apuntar que esta “filosofía del instante” no nace de la irresponsabilidad, la ingenuidad o el nihilismo. Al contrario, es un compromiso a muerte con la vida, porque esta visión gozosa del presente surge como contrapunto y respuesta ante la conciencia de la propia soledad, surge como asidero ante la experiencia de la propia e insoslayable individualidad, que aparece expresada en muchos de sus textos.

Ya que, como dice Roberto en un breve y magnífico poema, titulado “Alegría”:

Cada sonrisa  
esconde  
su dosis proporcional  
de desconsuelo. (p. 29).